

CAPÍTULO XXIX

Certeza.

Enrique se deslizó á lo largo del seto de hojaranzos por la parte en que daba la sombra, aunque con la precaución de no hacer ruido, ora al pisar la arena, ora al tropezar con las hojas.

Teniendo como tenía que andar y mirar por él, no podía ver bien; pero sin embargo, en el aire del cuerpo, en el traje y en los ademanes, conoció de nuevo que el hombre de la gabardina era Remigio.

En cuanto al otro, penetraban en su mente simples conjeturas, que eran para él más espantosas que la misma realidad.

El camino, cubierto á uno y otro lado de hoja-

ranzos, iba á parar á un gran seto de espinos y á una pared de álamos que separaba del resto de los jardines el pabellón del duque de Anjou, envolviéndolo con una cortina de verdura, en medio de la cual, como ya hemos dicho, desaparecía enteramente, estando como estaba aislado en un rincón del castillo. Había allí magníficos estanques, sombríos bosques atravesados por calles tortuosas, y árboles gigantescos, sobre cuya copa vertía la luna olas de argentada luz, mientras que bajo esos mismos árboles era tan densa la sombra, que no podía penetrarla la vista.

Al aproximarse á aquel seto conoció Enrique que iba á abandonarle el valor, porque el infringir con tanta osadía las órdenes del príncipe y ser tan indiscreto y temerario, no era propio de un caballero leal y honrado, sino de un espía ó de un hombre celoso que estuviere decidido á todo.

Empero al tiempo de abrir la barrera que separaba el jardín principal de otro más pequeño, el hombre hizo un movimiento que dejó á descubierto su rostro, y este rostro era efectivamente el de Remigio. Entonces cesaron los escrúpulos del conde, y llevó adelante su resolución á riesgo de cuanto pudiera sobrevenir.

Cuando volvió á cerrarse la puerta, Enrique saltó por cima de los travesaños y siguió á los que iban á visitar al príncipe.

Éstos apresuraron el paso, y Enrique se encontró en una calle de castaños de Indias, á cuyo extremo se veía el pabellón alumbrado débilmente. No podía, pues, seguir con la misma facilidad que antes á los

que se había propuesto acechar, porque con sólo volverse podían verle.

Además, le asaltó otro motivo de terror al ver que el duque salía del pabellón, sin duda para recibir á Remigio y su compañero.

Enrique se ocultó detrás del árbol más grueso que había allí cerca y esperó.

No pudo ver más sino que Remigio saludó en voz baja, que su compañero hizo una reverencia de mujer, y no un saludo de hombre, y que, sumamente gozoso el duque dió su brazo á este último, como pudiera hacerlo con una dama.

En seguida se dirigieron los tres hacia el pabellón, desapareciendo bajo el vestíbulo, cuya puerta cerraron tras sí.

— Es preciso acabar de una vez, dijo Enrique, y situarme en un sitio más cómodo, desde donde pueda ver hasta la menor seña sin que me vean á mí.

Y se decidió por un bosquecillo situado entre el pabellón y las espalderas, y en cuyo centro había una fuente; aquel asilo era impenetrable, pues no podía creerse fuera á sufrir el príncipe, y mucho menos de noche, la frescura y humedad que naturalmente se respiraba en derredor de aquella fuente.

Enrique se ocultó detrás de la estatua colocada en el pedestal de la fuente, alargando el cuerpo todo lo que pudo, y desde allí vió cuanto pasaba en el pabellón, cuya ventana principal se abría hacia donde él estaba.

Como nadie podía, ó por mejor decir, no debía penetrar hasta allí, los de dentro no habían tomado precaución alguna.

En medio del aposento había una mesa servida con lujo y llena de vinos exquisitos encerrados en frascos de cristal de Venecia.

Delante de la mesa había dos sillas, como esperando á dos convidados, y el duque se dirigió hacia una de ellas, indicando la otra al compañero de Remigio, cuyo brazo había soltado, é invitándole al parecer á que se quitase la capa, pues por muy cómoda que fuese para una correría nocturna, era muy incómoda terminada esa correría, y principalmente para su objeto, que era cenar.

Entonces la persona á quien se había hecho la invitación echó la capa sobre una silla, y la luz de las bujías alumbró de lleno el rostro pálido y majestuosamente bello de una mujer, á quien desde luego conocieron los espantados ojos de Enrique.

Era la dama de la casa misteriosa de la calle de los Agustinos, la viajera de Flandes, Diana, en fin, cuyas miradas penetraban como la punta de un puñal.

Á la sazón iba vestida con la ropa propia de su sexo, teniendo puesto un traje de brocado, y ostentando ricos diamantes en la garganta, los cabellos y las muñecas.

Con aquellos adornos resaltaba más y más la palidez de su rostro, y á no ser por el brillo que despedían sus ojos, hubiérase creído que el duque había evocado la sombra de aquella mujer, más bien que á la mujer misma, por medio de algún misterioso conjuro.

Por lo que respecta á Enrique, si no se hubiera apoyado en la estatua sobre que se había recostado

cruzando los brazos, más fríos que el mármol, habría caído en el pilón de la fuente.

El duque estaba enajenado de gozo, y devoraba con la vista á aquella maravillosa criatura, que se había sentado en frente de él, y apenas tocaba los manjares que le servían. De vez en cuando alargaba el cuello Francisco para besar la mano de su muda y pálida convidada, quien acogía aquellos besos como si su mano fuese de alabastro, cuya transparencia y blancura tenía.

De vez en cuando también se estremecía Enrique, se llevaba la mano á la frente, enjugábase el frío sudor que por ella corría y se preguntaba á sí mismo :

— ¿Está viva ó muerta?

El duque hacía los mayores esfuerzos y desplegaba toda su elocuencia para desarrugar aquella frente austera.

Remigio servía á aquellas dos personas, pues el duque había alejado á todo el mundo, y tocando de vez en cuando con el codo á su ama al pasar por detrás de ella, parecía que la reanimaba con aquel contacto, recordándola que vivía, ó por mejor decir, la situación en que se hallaba.

Entonces aparecía en la frente de la joven una ola de bermellón, chispeábanle los ojos, y se sonreía como si algún mago hubiese tocado por medio de un oculto resorte á aquel autómatas dotado de inteligencia, produciendo la luz en el mecanismo de los ojos, el colorido en el de las mejillas y la sonrisa en el de los labios.

En seguida volvía á quedarse inmóvil.

Sin embargo de esto, se acercó á ella el príncipe y trató de animar á su nueva conquista con apasionados discursos.

Entonces Diana, que de vez en cuando observaba la hora que era en el magnífico reloj colgado sobre la cabeza del príncipe, en la pared opuesta, hizo al parecer un esfuerzo sobre sí misma, y conservando la sonrisa en los labios, tomó una parte más activa en la conversación.

Enrique, oculto en su bosquecillo, se mordía los puños de rabia y maldecía todo lo creado, desde las mujeres hasta el mismo Dios.

Parecía una cosa horrible é inicua que una mujer tan pura y severa se entregase como otra cualquiera al príncipe por ser príncipe, y al amor porque lo doraban en aquel palacio.

El horror que le causaba Remigio era tan grande, que hubiera sido capaz de abrirle las entrañas sin conmoverse, á fin de ver si aquel monstruo tenía sangre y corazón de hombre.

Tal fué el parosismo de rabia y desprecio que acometió á Enrique, mientras el duque de Anjou se gozaba en aquella deliciosa cena.

Diana llamó al que servía la mesa, y acalorado el príncipe con los vapores del vino y las galanías que había dicho, se levantó de la mesa para ir á abrazar á Diana.

Toda la sangre de Enrique se agolpó á las venas, y se llevó la mano al costado, primero por si tenía una espada, y después al pecho, por si encontraba un puñal.

Diana, con una sonrisa extraña, y que segura-

mente nunca había visto Enrique en ningún rostro humano, le detuvo diciendo :

— Monseñor, permitidme que antes de levantarme de la mēsa, parta con V. A. esta fruta que se me antoja comer.

Y alargando la mano hacia un canastillo de filigrana de oro que contenia veinte albérchigos magníficos, cogió uno.

En seguida desató de su cinturón un puñal muy bonito, cuya hoja era de plata y el mango de malaquita, dividió el albérchigo en dos partes, y ofreció una al príncipe, quien la tomó llevāndosela ansiosamente á la boca, como si besara la de Diana.

Aquella acción apasionada le causó tal impresión, que oscureció su vista una nube al tiempo de morder la fruta.

Diana le miraba con sus claros ojos y su inmoble sonrisa.

Remigio, recostado en una columna de madera esculpida, le miraba también con aire sombrío.

El príncipe se pasó la mano por la frente, se enjugó algunas gotas de sudor, y se tragó el pedazo que había mordido.

Aquel sudor era síntoma, sin duda alguna, de una indisposición repentina, pues mientras Diana comía la otra mitad del albérchigo, el príncipe dejó caer lo que le quedaba de la suya sobre el plato, y haciendo un esfuerzo para levantarse, invitó al parecer á su bella convidada á que saliese con él á tomar el aire en el jardín.

Diana se levantó, y sin pronunciar una palabra, tomó el brazo que le ofrecía el duque.

Remigio los siguió con la vista, pero sobre todo al príncipe, quien se repuso del todo con el aire libre.

Sin dejar de andar enjugó Diana la hoja de su puñal en un pañuelo bordado de oro y lo metió en una vaina de escamilla.

De este modo llegaron muy cerca del bosquecillo en que estaba escondido Enrique.

El príncipe estrechaba amorosamente contra su corazón el brazo de la joven diciéndole :

— Me siento mejor, y sin embargo, tengo la cabeza muy pesada; está visto, señora, que amo demasiado.

Diana cogió unas cuantas flores de un jazmín, una rama de clemátida, y dos lindas rosas que entapizaban todo un lado del zócalo de la estatua detrás de la cual estaba Enrique asustado.

— ¿Qué hacéis, señora? preguntó el príncipe.

— He oído asegurar, monseñor, le contestó, que el perfume de las flores es un excelente remedio para los mareos, y estoy cogiendo un ramillete con la esperanza de que dándooslo yo, tendrá el mágico influjo que deseo.

Pero mientras reunía las flores del ramillete, dejó caer una rosa, que el príncipe se apresuró á recoger con galantería.

Rápido fué el movimiento de Francisco; pero no tanto, sin embargo, que Diana no tuviese tiempo para verter en la otra rosa algunas gotas de un licor que llevaba en un frasquito de oro y que sacó del pecho.

En seguida tomó la rosa que el príncipe habia

recogido, y prendiéndosela en la cintura, dijo :
— Cambiemos; ésta es para mí.

Y en cambio de la rosa que recibía de manos del príncipe, le alargó el ramillete.

El príncipe lo tomó presuroso, respiró su aroma con sumo gusto, y enlazó su brazo á la cintura de Diana; pero aquella presión voluptuosa acabó sin duda de turbar el sentido á Francisco, porque se le doblaron las piernas, y tuvo que sentarse en un banco de piedra que allí había.

Enrique, sin perder de vista á aquellos dos personajes, miraba también á Remigio, quien aguardaba en el pabellón qué fin tendría aquella escena, devorando con los ojos uno por uno todos los pormenores.

Cuando vió que el príncipe se tambaleaba, se acercó hasta el umbral del pabellón, mientras Diana se sentó por su parte junto á Francisco.

El aturdimiento de éste duró aquella vez mucho más tiempo que la primera : con la cabeza inclinada sobre el pecho, el príncipe no podía coordinar sus ideas, casi no existía, y sin embargo, el movimiento convulsivo de sus dedos sobre la mano de Diana, indicaba que por instinto proseguía en su amorosa quimera.

Al fin levantó lentamente la cabeza, y como su boca se encontraba á la altura del rostro de Diana, hizo un esfuerzo para besar á su hermosa convidada; pero la joven se levantó como si no hubiese advertido aquel movimiento.

— ¿Estáis malo, monseñor? dijo. Mejor será que entremos en el pabellón.

— ¡Oh, sí, entremos! exclamó el príncipe transportado de alegría; sí, venid conmigo.

Y se levantó tambaleando : entonces, en vez de apoyarse Diana en su brazo, él fué quien se apoyó en el brazo de ésta, y gracias á este apoyo, pudo andar con menos dificultad, olvidando al parecer su fiebre y mareo; y enderezándose de pronto, besó á la joven, casi por sorpresa en el cuello.

Ésta se estremeció como si en vez de la impresión del beso hubiera sentido un hierro ardiendo, y gritó :

— ¡Remigio, trae una luz!

Remigio entró en el comedor y encendió en las bujías que ardían sobre la mesa una antorcha que tomó de un velador, acercándose con presteza á la entrada del pabellón con su luz en la mano.

— Aquí me tenéis, señora, dijo.

— ¿Adónde va V. A.? preguntó Diana cogiendo la antorcha y apartando la cabeza.

— ¡Oh! ¡Á mí, á mí!... Y vos me guiaréis, ¿no es verdad, señora? replicó el príncipe cada vez más enajenado.

— Con mucho gusto, monseñor, respondió Diana.

Y levantando en el aire la antorcha, empezó á andar delante del príncipe.

En aquel momento abrió Remigio una ventana situada en el fondo del pabellón, y por ella salió una bocanada de aire que, dando en la antorcha que llevaba Diana, arrojó con una especie de furia toda la llama y el humo sobre el rostro de Francisco, quien estaba colocado precisamente en la corriente del aire.

De este modo llegaron los dos amantes, pues por tales los tenía Enrique, después de atravesar una galería, hasta la cámara del duque y desaparecieron detrás de la colgadura sembrada de flores de lis que servía de puerta.

Enrique vió cuanto hemos referido con una rabia que cada vez iba aumentándose; sin embargo, tan grande era esa rabia, que estaba á punto de cesar; pudiendo decirse que sólo le quedaban fuerzas para maldecir la suerte que le había impuesto una pena tan cruel.

Había salido de su escondite, y aniquilado, con los brazos caídos y anublados los ojos, se disponía á regresar medio muerto al aposento que le habían señalado en palacio, cuando se abrió de pronto la puerta por donde acababa de ver desaparecer á Diana y el príncipe, y precipitándose en el comedor, la joven arrastró consigo á Remigio, quien de pie é inmóvil sólo aguardaba á que su ama volviese.

— Ven, le dijo, ven; ya está hecho todo...

Y ambos salieron precipitadamente al jardín, como si estuviesen ebrios, locos ó furiosos.

Pero al verlos Enrique recobró todas sus fuerzas, y saliéndoles al encuentro, los fugitivos le hallaron de pronto en medio de la calle, de pie, con los brazos cruzados, y más terrible en su silencio que hombre alguno lo estuvo nunca amenezador. Efectivamente, Enrique había llegado á tal grado de desesperación, que hubiera asesinado á todo el que hubiese sostenido que las mujeres no son unos monstruos salidos del infierno para mancillar á la especie humana.

Así es que cogió á Diana por un brazo y la detuvo,

á pesar del grito de terror que lanzó la joven y del cuchillo que Remigio le puso al pecho rozándole la carne.

— ¡Oh! sin duda no me conocéis, dijo rechinándole los dientes de un modo espantoso; yo soy el joven que os amaba, y á quien no quisisteis corresponder, porque para vos no había porvenir, sino pasado; ¡Ah! sois tan hipócrita como hermosa... Y tú, infame embustero, al fin te conozco, y os maldigo á ambos; sí, uno de vosotros me inspira desprecio y el otro horror.

— ¡Dejadnos pasar! gritó Remigio con voz sofocada por la ira; dejadnos pasar, joven insensato, ó si no...

— Bien, respondió Enrique, acaba tu obra, y aniquila mi miserable cuerpo, ya que también has introducido la muerte en mi alma.

— ¡Silencio! murmuró Remigio furioso hundiéndose más y más la hoja del cuchillo, no sin que se oyese rasgar la carne del joven.

Pero Diana rechazó con violencia el brazo de Remigio, y cogiendo el de Du Bouchage, le miró cara á cara.

Su palidez rayaba en un color lívido, sus hermosos cabellos le caían sobre los hombros en completo desorden, y el contacto de su mano sobre la muñeca de Enrique era tan frío para este último como el de un cadáver.

— ¡Caballero, le dijo, no juzguéis temerariamente de las cosas de Dios!... Yo soy Diana de Meridor, querida del señor de Bussy, y á quien el duque de Anjou dejó que matasen de un modo miserable, á

pesar de que pudo salvarle. Hace ochó días que Remigio dió de puñaladas á Aurilly, cómplice del príncipe, y en cuanto á éste, acabo de envenenarle con una fruta, un ramillete de flores y una antorecha. Paso, caballero, paso á Diana de Meridor, que desde aquí se dirige al convento de las hospitalarias.

Dijo, y soltando el brazo de Enrique, volvió á tomar el de Remigio, que la estaba esperando.

Enrique cayó de rodillas y luego de espaldas, siguiendo con la vista el grupo que formaban los asesinos, los cuales desaparecieron por entre los bosques como una visión infernal.

Una hora había transcurrido, cuando agobiado de cansancio el joven, lleno de terror y con la cabeza hecha un volcán, consiguió reunir fuerzas para arrastrarse hasta su aposento; pero tuvo que repetir diez veces la operación de escalar la ventana.

Dió algunos pasos por la habitación, y después de sendos tropezones, fué á caer encima de su lecho.

Todos dormían en palacio.

CAPITULO XXX

Fatalidad.

Á las nueve del día siguiente un sol brillante despedía sus dorados rayos sobre las arenosas calles del castillo de Thierry.

Multitud de trabajadores, buscados la vispera, empezaron desde el amanecer á arreglar el jardín y los aposentos destinados á albergar al rey, á quien se esperaba.

Nadie, sin embargo, se movía en el pabellón donde descansaba el duque, pues el día anterior había prohibido á los dos criados que le despertasen, de suerte que tenían que aguardar á que llamara.

Las nueve y media serían cuando entraron en el